

**Domingo de la III semana de cuaresma.
Lc 9, 28b-36**

"Somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio" (Flp 3,20-21).

Nuestro destino definitivo es la vida junto al Padre por toda la eternidad, superadas todas las limitaciones físicas que hoy tenemos. Esta certeza ya nos llena de alegría y nos hace relativizar las dificultades de cada día. ¿Qué son los problemas de hoy comparados con el gozo por toda la eternidad?

El cuerpo glorioso significa que la dimensión física-biológica, ya está transformada, sin la posibilidad de limitarnos desde lo psicológico y espiritual. La persona es una unidad y por tanto el cuerpo también tiene que resucitar para vivir gozosamente para siempre.

Jesús al subir al monte Tabor y transfigurarse, para que sus discípulos pudiesen experimentar un poco de su gloria, les hace caer en un profundo sueño, pero manteniéndolos despiertos en la fe.

"Pedro y sus compañeros tenían mucho sueño, pero permanecieron despiertos, y vieron la gloria de Jesús " (Lc 9, 32).



Al entrar en la dimensión espiritual, podemos gozarnos de una forma plena. San Pablo, nos dice que ni los sentidos ni la razón pueden explicar lo que allí pasa. Jesús desde ahora nos da pequeñas señales de este gozo en la oración y en el servicio a los hermanos.

¡Jesús, gracias por darme el gozo pleno y verdadero!

¿Me dispongo interiormente para vivir la amistad con Jesús?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc